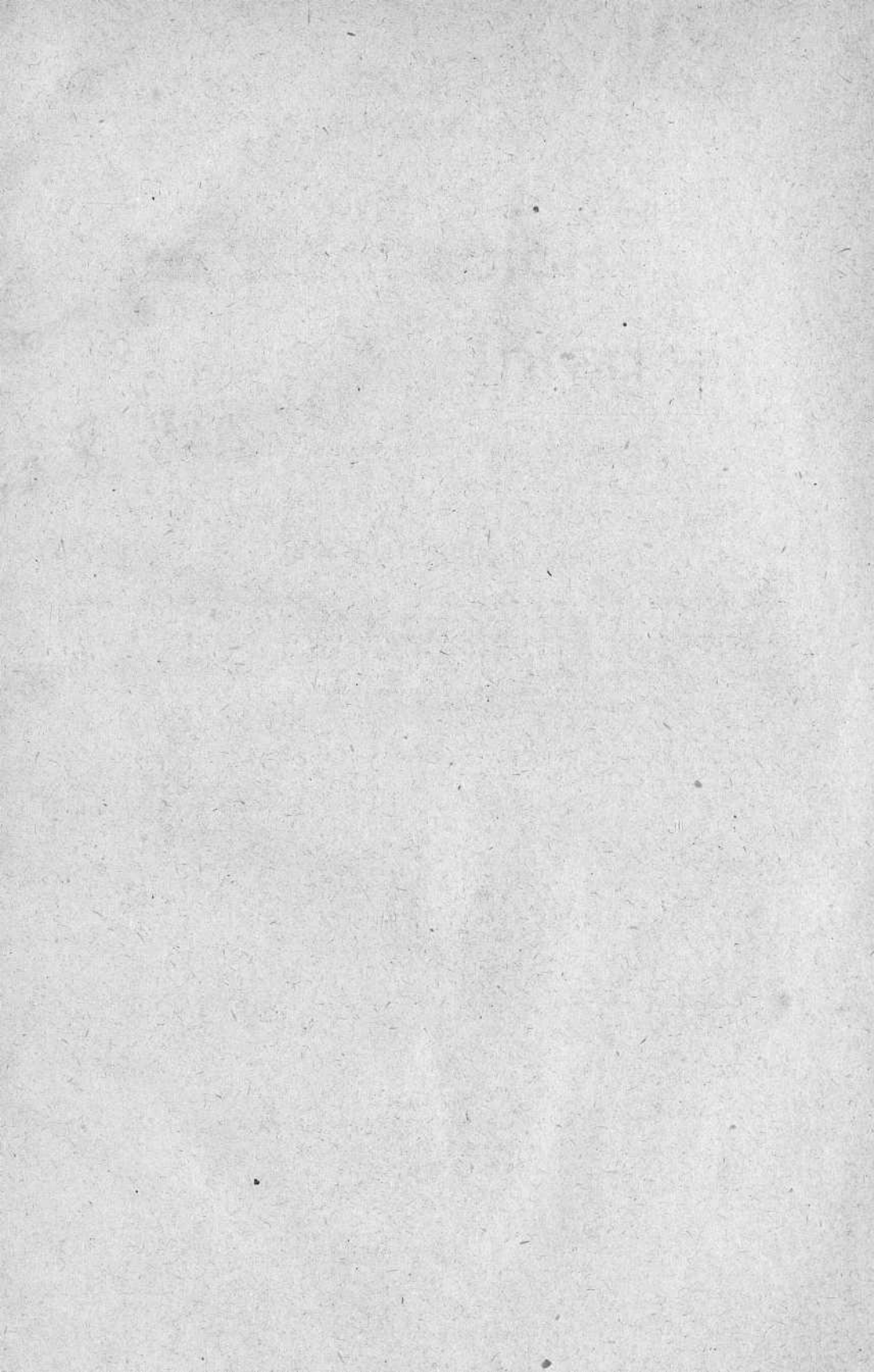


7.

ELOY BEJARANO

LA EDUCACION INTEGRAL







IX Congreso Internacional de Higiene
y Demografía.

La Educación Integral

(ESTUDIO MÉDICO-PSICOLÓGICO DE ACTUALIDAD)

POR

DON ELOY BEJARANO

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA, LICENCIADO EN CIENCIAS FÍSICAS, CONSEJERO DE SANIDAD DEL REINO
CABALLERO DE LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL MÉRITO NAVAL,
VOCAL DE LA JUNTA DE ORGANIZACIÓN Y PROPAGANDA DEL IX CONGRESO DE HIGIENE,
EX-CONSEJERO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS,
VOCAL DE LA JUNTA MUNICIPAL DE PRIMERA ENSEÑANZA DE MADRID Y DELEGADO DE LA MISMA
EN EL REFERIDO CONGRESO, ETC.



MADRID
IMPRENTA TERESIANA

Calle de los Caños, 4.

1898



Carta abierta

Sr. D. Francisco Giner de los Ríos,

Profesor de la Universidad Central y de la Institución
libre de enseñanza de Madrid.

Mi respetable amigo: Con sincera preocupación, rayana en miedo, cumplo mi promesa de enviar á usted el trabajo que sobre «Educación integral» he presentado en el IX Congreso internacional de Higiene. La indiscutible y suprema autoridad de usted en asuntos de educación y el temor de perder á sus ojos, al presentarme como pedagogo advenedizo, el favorable juicio que por otros conceptos merecí de usted en la ocasión y fecha, ya algo lejanas, de nuestro emocional conocimiento, me han hecho desmayar algunos días y casi arrepentirme de la oferta; pero el recuerdo de su proverbial y bondadosa tolerancia se ha sobrepuesto á mis vacilaciones y allá va ese folleto á besar sus manos y á solicitar que usted le juzgue indulgentemente.

He lamentado que no presenciase usted las animadas sesiones de la sección 6.^a del Congreso, dedicada á la «Higiene infantil y escolar», para que hubiera gozado la natural satisfacción de ver aceptadas y aplaudidas muchas de las ideas é innovaciones con que ha enriquecido usted la ciencia pedagógica, pues con motivo de la Higiene del escolar ó de la Higiene de la escuela, se han discutido temas interesantísimos sobre la educación, dando la nota saliente y consoladora de estas discusiones la intervención en ellas de cuatro ó cinco profesoras españolas, que, con gran competencia, serenidad y valentía, y con más convencimiento aún que los hombres, han abogado por la necesidad apremiante é ineludible de reformar con toda urgencia los viciosos métodos pedagógicos imperantes en nuestra patria, así en la esfera oficial y pública, como en la privada, salvo contadísimas y honrosas excepciones.

En este, como en los anteriores Congresos, se ha hablado mu-

cho de la escuela, poco de los niños y nada del maestro: se ha dicho la última palabra de la ciencia higiénica sobre las condiciones materiales de los edificios escolares, intervención del médico en la enseñanza, menaje escolar, libros de texto, etc.; se han ponderado mucho las colonias de vacaciones, los juegos, la educación física; se han puesto, en una palabra, de relieve los ventajas inapreciables obtenidas del auxilio mutuo de la Pedagogía y de la Higiene, pero, ¿qué provecho sacarán los niños de estas ventajas, si el maestro, encargado de aplicar debidamente las reglas científicas, no puede, no quiere ó no sabe utilizarlas?

«Dadme el maestro—ha dicho usted en uno de sus preciosos estudios—y os abandono la organización, el local, los medios materiales, cuantos factores, en suma, contribuyen á auxiliar su función: él se dará arte para suplir la insuficiencia ó los vicios de cada uno de ellos.»

Ciertísimo: el maestro es y será siempre el primer elemento pedagógico: un buen maestro luchará con ventaja contra la falta de higiene y de condiciones de los edificios escolares, en tanto que uno desidioso transformará pronto en burdel la escuela instalada en el palacio de la propia diosa Hygea. El maestro es lo principal: la escuela y las condiciones pedagógicas materiales juegan un papel muy secundario. Pero ¿dónde están los buenos maestros?, ¿dónde están aquellos maestros que usted primorosamente describe en un trabajo que tengo á la vista, «dotados de una educación fundamental, capaz de despertar en sus almas un sentido profundo, enérgicamente varonil, moral, delicado, piadoso; un amor á todas las grandes cosas, á la religión, á la naturaleza, al bien, al arte; una conciencia transparente de su fin, nutrida por una vocación arraigada; gustos nobles, dignidad de maneras, hábito del mundo, sencillez, sobriedad, tacto, y ese espíritu educador, en fin, que remueve, como la fe, los montes y que lleva en sus senos, quizá cual ningún otro, el porvenir del individuo y de la patria?»

Y la Escuela Normal que produce esos maestros ejemplares, ¿dónde se encuentra? ¿O será, acaso, que profesando usted tan hondamente esos hermosos ideales habrá hecho, sin pretenderlo, ni darse de ello cuenta, una autobiografía?

En el adjunto trabajo, dedicado al estudio médico-psicológico de la ruindad intelectual, moral y física de la generación escolar del día, ruindad que yo atribuyo principalmente á una viciosa dirección pedagógica y en cuyo tratamiento curativo tienen

que jugar los maestros el papel más importante, yo no pido á éstos los primores que usted les señala y que yo también apetezco: me contento con que tengan sentido común, honrada y firme vocación y que hayan leído con provecho los Estudios de usted sobre Educación, La Gimnástica cristiana y La Germinación educativa de Letamendi y El Criterio de Balmes, que no siempre hemos de citar autores extranjeros, ni es tampoco la pedagogía patrimonio exclusivo de determinada escuela filosófica: caben en ella todos los hombres de buena voluntad que sientan verdadero amor por los niños y espontáneo entusiasmo por la enseñanza, sea cual fuere su filiación y procedencia.

Yo quiero, como usted, que se eleve á gran altura la personalidad del maestro y pido para él consideración social, premios, recompensas y estímulos; pero exijo, á cambio de esto, menos detalles de instrucción y mayor conocimiento de la psicología infantil, que, como todo lo de los niños, constituye mundo aparte, bien sencillito de entender por cierto, y cuyo estudio permitirá á los profesores dirigir la educación por racionales derroteros, prestando menos cuidado á la explotación de la memoria y concediéndosele muy grande al cultivo de la voluntad.

Como usted irá viendo, doy á la educación de la voluntad una capital importancia: sin ella, la Higiene y la Pedagogía carecen de base, no obstante sus indudables progresos materiales; de ella dependen la salud, la sabiduría y la felicidad; por claudicaciones de voluntad y por inconsistencia de caracteres, han venido sobre España las desdichas que hoy la afligen y que no se curan con llamaradas fugaces de patriotismo, sino con perseverantes energías; ¿qué extraño es, por tanto, que el que de este modo piensa y está convencido de que los hábitos no se adquieren más que en la niñez, fie la regeneración de la raza á la mejora de los procedimientos pedagógicos?

Hay que emprender seriamente la reforma de la educación nacional en el sentido de rehacer la energía de la voluntad y de la vida moral, como usted aconseja, para poder abrigar todavía alguna esperanza de redención en medio de los desastres que hoy por todas partes nos rodean. De no hacerlo así estamos muertos: que nos entierren.

.....
Para concluir, me complazco en confirmar á usted que su propaganda no es estéril: cunden y se practican sus ideas, aunque

no siempre se les cuelgue el marchamo de la procedencia; para las almas superiores ese olvido supone poco. Peor sería no ver el fruto de los afanes de toda la vida, como sucede frecuentemente en este bajo mundo de las justicias póstumas, donde—según frase feliz de un malogrado amigo mío—rara vez cosecha las piñas la mano que sembró los piñones.

Reciba usted mi aplauso cariñoso, y Dios le dé salud y muchos años de vida para continuar su hermoso apostolado, como cordialmente desea su admirador y amigo

q. l. b. l. m.

Eloy Bejarano.

Madrid, 2 Mayo del 98.





Al IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía.

Representante en este Congreso de la Junta Municipal de primera enseñanza de Madrid, á la que pertenezco por designación del Ministerio de Fomento, en concepto de padre de familia, créome obligado á corresponder á delegación tan honrosa, tomando de alguna manera parte en los trabajos de la Sección dedicada á la Higiene infantil y escolar; mas al elegir tema en qué ocuparme, y pasar, al efecto, revista á las múltiples cuestiones relacionadas con la educación y la enseñanza discutidas en los anteriores Congresos Internacionales, he comprendido lo árduo y peligroso del empeño que me he propuesto. Asombra, en efecto, la ciencia acumulada hoy alrededor de la escuela primaria; en los Congresos de Londres y de Viena, especialmente, se ha dado á las cuestiones relacionadas con la educación de la niñez, extraordinaria importancia, y hombres eminentísimos de todos los países han resuelto de tan brillante modo los más árdulos problemas de higiene escolar, que no parece posible, ni aun para el ánimo más esforzado, la presentación de temas que ofrezcan novedad é interés, después de lo mucho y bueno que se ha dicho.

Todos los aspectos de la moderna Pedagogía, han sido detenidamente examinados: *Duración de los ejercicios intelectuales.*—*Curva de una hora de trabajo.*—*Distribución del trabajo y empleo del tiempo.*—*Premios y castigos.*—*Recreos, descansos, juegos y ejercicios corporales.*—*Higiene del lenguaje.*—*Enseñanza obligatoria de la higiene en las escuelas.*—*Inspección médica de las mismas.*—*Condiciones higiénicas de los edificios escolares.*—*Mobiliario de clases.*—*Material de enseñanza.*—*Libros de texto.*—*Cuidados especiales de medicación y alimentación que pueden prestarse á los niños en las escuelas.*—*Enfermedades es-*

colares: miopía, escoliosis vertebrales, sordera, corea.—La antropometría en las escuelas.—Excursiones científicas.—Colonias de vacaciones.—Hospicios marítimos.—Higiene física y moral de los establecimientos de huérfanos y de niños abandonados.—Educación especial de sordo-mudos, ciegos, imbéciles, viciosos, neuropatas y criminales...

Todos estos temas interesantísimos, y muchos más que éstos, han sido ampliamente dilucidados, y ¡de qué manera! ¡Qué lujo asombroso de detalles! ¡Qué prodigios de observación! Hay que proclamarlo muy alto: *Non plus ultra*.

¿Y se trata de hechos ó de teorías, de desiderandos ó de realidades? preguntaréis. De hechos, de hechos positivos, probados todos ó casi todos en el crisol de la experiencia.

Y los resultados prácticos, ¿corresponden á una labor científica tan aparatosa? ¿Se vé en las nuevas generaciones escolares el mejoramiento físico y la perfección moral que hay derecho á esperar del asombroso é indiscutible progreso de la Pedagogía y de la Higiene?

No me atrevo á contestar ahora por cuenta propia, pero estoy en absoluto identificado con el siguiente juicio de Michelet, acerca de la generación que ha de heredar las portentosas conquistas del siglo XIX: «Es cierto que son prodigiosas nuestras obras,—ha dicho Michelet,—pero nuestros hijos son enclenques». *Enclenques é inactivos* me permito yo añadir, y al estudio de ese transcendentalísimo fenómeno, que hace años me preocupa hondamente, van encaminadas las siguientes líneas, que pongo bajo el amparo de vuestra benevolencia.

EDUCACIÓN INTEGRAL

Uno de los rasgos característicos más salientes de la generación actual es su propensión á la molicie y al abandono, su falta de afición al ejercicio muscular y á la actividad física, el horror, dicho en una palabra, á todo cuanto signifique esfuerzo y perseverancia (peirafóbia).

Patología social.—La peirafóbia.

Este fenómeno, que, ciertamente, no es tranquilizador, y que tampoco tiene nada de honroso y del que apenas nadie se preocupa, por lo mismo que todo el mundo le experimenta, entraña, sin embargo, una significación harto funesta y merece, en verdad, bien detenido estudio.

El médico, escudriñando el caso á través del prisma de la Patología, considera este instinto de pereza que á todos nos invade como un síntoma de la *neurasténia*, enfermedad fin de siglo, como ahora se dice, atribuída al refinamiento de las costumbres de la época en que vivimos, al gran consumo de fuerza nerviosa que crecientemente exige cada día la lucha por la existencia, cada día también más empeñada y más reñida y al incremento extraordinario de los grandes procesos patológicos llamados *escrófula*, *artritismo*, *sífilis*, *alcoholismo*, *grippe*, *neurosis*, etc. La neurasténia trae consigo el agotamiento de la energía por la debilidad y depresión que ejerce sobre el sistema nervioso, y de este agotamiento surgen síntomas anímicos de miedo y cobardía, llamados genéricamente *fóbias*, como la *claustrofóbia*, *agarofóbia*, *hipsofóbia*, etc., é igual origen tiene la *peirafóbia* ú horror al esfuerzo. Ante la medicina no hay perezosos; hay simplemente enfermos necesitados de quina, hierro, fosfatos y nuez de kola.

Causas predisponentes.—Neurasténia.

Para el moralista, el hecho que estudiamos es hijo de la depravación de las costumbres modernas que ha desterrado las diversiones honestas y expansivas de nuestros abuelos en las que tanto papel jugaba el ejercicio físico, sustituyéndolas con vicios sedentarios que enervan á la actual sociedad, manifiestamente inclinada á la vida fácil y ociosa en tanto que aborrece las profesiones manuales y todo lo que exija fatiga muscular.

Vicios y malas costumbres.

Meridionalis-
mo.

A los ojos del físico, nuestra indolencia nace de nuestro meridionalismo; depende de la *ley fatal del coseno* a que obedecen las radiaciones caloríferas que el sol envía á nuestras latitudes. Somos indolentes porque no hay nada en la Naturaleza ambiente que nos obligue á ser activos: en cambio, en los países del Norte, el rigor del clima y la necesidad de defenderse contra la intemperie obligan á sus habitantes á producir por medio del ejercicio y de la actividad muscular el calor que les roba la baja temperatura de la atmósfera. Por la dura ley de la necesidad, según esto, los pueblos del Norte hacen en el sentido de su educación física lo que por un arraigado sentimiento estético hicieron Grecia y Roma en los antiguos tiempos.

Espiritualiza-
ción.

El filósofo ve en nuestra falta de amor al ejercicio, una señal patente de espiritualización: el triunfo de lo anímico sobre lo corporal, el indicio de un sentimiento más profundo de la gravedad de la vida y la confirmación de este pensamiento de Víctor Hugo: «los brazos cruzados, trabajan; las manos juntas, ejecutan.» Aquella alegría antigua, aquellos placeres sencillos de expansión ruidosa, aquel afán de nuestros antepasados por conquistar fuerza y resistencia eran, á su entender, ocupaciones poco serias y propias solamente de un pueblo niño, no de una sociedad grave y ya adulta.

Estas diversas interpretaciones de un hecho no quitan importancia al hecho mismo: llamándole enfermedad ó vicio, meridionalismo ó espiritualización, todos los pensadores convienen en que la *peiraföbia* existe y en que su existencia contribuye poderosamente al visible decaimiento de las razas de Occidente, siendo España uno de los países que con más intensidad sufren sus destructores efectos.

La causa oca-
sional.-Peda-
gogia defec-
tuosa.

Pero sin amenguar la importancia de las precedentes opiniones, ninguna de ellas explica satisfactoriamente la génesis de nuestra atonía. La verdadera causa no hay que buscarla en la sociedad ya formada, sino en la sociedad en embrión; no nace en el hombre, radica en el niño, y consiste, á nuestro juicio *en los viciosos métodos de la educación pública, en una dirección pedagógica rutinaria y empírica* que esteriliza y agota las felices disposiciones de los educandos.

Cronicidad y
herencia.

El mal que nos aqueja le contrajimos en la niñez; no tenemos gusto ni amor para la acción porque nada se hizo por

inspirármolos en la edad á propósito para contraer hábitos; antes, por el contrario, la educación que se da á los niños en la familia y en la escuela mantiene en ellos la pereza, la debilidad y la indolencia. Desde su edad más tierna, obligase á cargar la naciente inteligencia del niño con un caudal enorme de conocimientos, cuya adquisición, lograda á costa de un espantoso consumo de la memoria sin participación alguna de la voluntad, absorbe todo su tiempo robándole el que necesita para cuidar del desarrollo del cuerpo y de la educación moral y física; de ahí que abunden hoy los niños precoces de cerebro y exaltados de imaginación, tanto como escasean los sanos y robustos. Muy bueno es que preparemos á las naciente generaciones para la lucha de la vida, dotándolas de mucho saber positivo y de una gran cultura intelectual, pero á condición de que la sangre no se empobrezca para enriquecer el espíritu, pues de otra manera, no pesando el esfuerzo de la lucha más que sobre el cerebro, corre grave peligro de romperse el equilibrio armónico en que consiste la salud.

Diagnóstico diferencial.

Observando á diario los desastres del intelectualismo y las alarmantes proporciones del agotamiento escolar, conocido más bien con el nombre francés de *surmenage*, que es una complicación grave y frecuente de la *peirafobia*, pero que no son la misma cosa, como pudiera creerse; contemplando á diario estas calamidades, repetimos, experimenta el alma instintiva inclinación al retroceso y resurge en ella, con apacible melancolía, el recuerdo de la tejivana escuela del oscuro lugar de Castilla donde aprendimos *los cuatro elementos*, haciéndonos establecer involuntarias comparaciones entre aquel primitivo y rutinario sistema y los flamantes procedimientos de estereotipia intelectual hoy tan en moda: también era aquel sistema puramente mecánico pero menos destructor que los actuales, porque exigía muchos menos conocimientos en mucho más tiempo y tenía en cambio la ventaja de que si apenas fortificaba el espíritu, tampoco pesaba sobre él hasta anonadarle y no forzaba, sobre todo, las naturales fases del desenvolvimiento de la infancia. Los sistemas hoy corrientes las fuerzan de tal modo que no dejan al niño tiempo para pensar en qué lo es.

Los enfermos.

Hoy, efectivamente, ya no hay niños: se mata en flor el instinto de movimiento que caracteriza la primera edad con la sedentaria y larga sujeción en los colegios; se los abrumba con

programas interminables y se destruye con una erudición indigesta la inocente espontaneidad que constituye el primoroso encanto de los pequeñuelos.

Sintomas somáticos.

En las grandes ciudades, especialmente, causa penosa impresión el aspecto que ofrece la inmensa mayoría de la población escolar, compuesta de niños pálidos y desmedrados, escasos de musculatura y sobrados de exaltación nerviosa, inapetentes, con infartos rodadizos en el cuello, con flujos purulentos en los oídos, con hinchazones de la nariz, ojos y labios, con todos ó con alguno de los síntomas, en fin, de esa insidiosa enfermedad llamada *linfatismo*, *escrófula fugaz*, *malaria ó caquexia urbanas* que, sin revestir alarmantes caracteres de momento, preparan el terreno para el desarrollo de multitud de afecciones orgánicas, y, muy especialmente, para la tuberculosis.

Sintomas anímicos.

No es más tranquilizador que su aspecto físico, el cuadro moral que nos presentan los niños de las grandes urbes, y aun los de las pequeñas: apenas si hay en ellos la ingenuidad y la alegría ruidosa propias de los primeros años de la vida: fríos y serios, con una seriedad impropia y pedantesca que contrista el ánimo, frívolos y versátiles, tan faltos de ilusiones como escasos de músculos, nuestros colegiales carecen de afición á los inocentes y salubres juegos de la infancia, prefiriendo, en cambio, conversaciones, cuentos, teatros y lecturas que despiertan prematuramente instintos y vicios que debieran permanecer dormidos: viven una vida incompleta; tienen el alma aletargada, por no decir muerta, y desconocen el secreto de despertarla para que ella á su vez levante al cuerpo y le impulse al movimiento y á la acción.

Agentes de complicación.
Descuido de la familia.

La responsabilidad de las negruras de este cuadro pesa, principalmente, sobre la familia, que, dando á las funciones de la escuela y del maestro un alcance que no tienen, encuentra cómodo y descansado declinar en ellos su inexcusable participación en la magna obra de la cultura de los hijos, limitando su acción sobre éstos á mantenerlos, á explotar sus gracias, á gozar del presente y á prepararlos con su descuido un porvenir desventurado, porque no hay escuela ni maestro capaces de reemplazar á los padres en la formación del carácter, del sentimiento religioso, del dominio de la voluntad y, sobre todo, en la adquisición de hábitos de orden, de actividad, de pul-

critud y de respeto á sí mismos. Son poquísimos los padres que están á la altura de su misión lo mismo en las clases pudientes que en las proletarias y ni siquiera hay que hacer excepciones á favor de los hombres de talento, pues tratándose de los propios hijos es frecuentísimo el hecho de encontrar faltos de sentido común los procederes y las apreciaciones de personas conspicuas é ilustradísimas.

Unas familias con su descuido, otras con su celo mal entendido, y casi todas con un desconocimiento completo de la trascendencia de su misión, coadyuvan á agravar el precario estado de la infancia del día y justifican, en algunos casos, esta dolorosa exclamación escapada de la pluma más competente que tiene España en asuntos de enseñanza, al ocuparse de los padres desidiosos: «Si fuesen así todos los padres—dice el señor Giner de los Ríos,—¡bienaventurados los huérfanos!»

La influencia, á veces destructora, de la familia en la obra de la educación, y el antagonismo, sienpre establecido, entre padres y profesores, impide á éstos la completa realización de la obra pedagógica que les está confiada, pero no les exculpa de su complicidad aetiva ó pasiva en el alarmante incremento de la ruindad de la infancia. Dios nos libre de suscribir el duro concepto, atribuído á Julio Simón, de que «todos los niños son inteligentes hasta que el maestro y los padres se encargan de embrutecerlos»; pero, sin extremar la nota del pesimismo, es lo cierto que los errores pedagógicos, la preponderancia intelectual y memorista, el olvido de que el maestro tanto como instructor ha de ser educador, y que lo mismo en una que en otra función no debe permitir funestos predominios de lo anímico sobre lo somático, ni de ésto sobre aquéello, la falta de vocación y de entusiasmo de muchos profesores que erraron su camino, y otras causas ya examinadas, contribuyen poderosamente á agravar los defectos que hemos señalado á la actual generación escolar.

No poco contribuyen también á esta situación de la enseñanza pública la pasividad é indiferencia del Estado, que, organizando y dirigiendo la enseñanza como mera función intelectual y limitando su acción á pagar, no muy decorosamente siempre, al profesorado, no reglamenta ni vigila la vida interior de las aulas, ni cuida de estimular con estudiadas recompensas el celo de los profesores y el aprovechamiento de los

Apatía de los
maestros.

Indiferencia
del Estado.

alumnos, ni se preocupa de la higiene escolar en lo que se refiere á locales, mobiliario de clases, libros de texto, inspección médica y otros servicios, cuyo incumplimiento produce fatales resultados.

Tratamiento.
Gimnástica.

Y lo peor es que no se ve por parte de nadie, ni del Estado, ni de la familia, ni del maestro, un propósito serio de atajar los estragos de esta enfermedad social. Por todo remedio, y como universal panacea, se recomienda la *gimnástica* para combatir la endebles orgánica de la infancia, como si esto fuera el máximo de lo que puede hacerse en beneficio del desarrollo físico de los niños. Desgraciadamente, los resultados no corresponden á la bondad de la intención; la gimnástica, que es un recurso precioso é irremplazable cuando, bien dirigida, se emplea como medio terapéutico para corregir vicios de conformación, proclividades morbosas, ó determinadas propensiones patológicas (*gimnoterápia*), deja mucho que desear al ser empleada como medio exagógico ó simplemente higiénico (*cinesiología*). Una experiencia bastante larga en asuntos de enseñanza nos ha hecho observar que los niños no tienen afición á la verdadera gimnástica, y faltando á ésta el atractivo moral y la participación del ánimo en su práctica, no puede producir efecto útil: á los niños les agrada el perjudicial *acrobatismo* del trapecio, pero la gimnástica académica les resulta aburridísima, y en vez de producir el saludable resultado que se apetece, aumenta en ellos el hastío y el cansancio. Los ejercicios corporales de los niños han de ser espontáneos para que sean útiles y han de producirles alegría para que resulten tónicos, que es lo que se busca; y esta alegría y esta espontaneidad están reñidas con la reglamentación del movimiento y con el encierro: piden libertad y campo.

No hay que atribuir la salud al desarrollo de los músculos, sino á que las principales vísceras, cerebro, corazón, pulmones y estómago trabajen bien y en silencio, sin que nos demos cuenta de que existen y se mueven, siendo á la vez factor esencialísimo el endurecimiento del cuerpo para que resista los cambios atmosféricos; y esa educación de la piel se consigue con agua fría y aire libre y se suele perder con la gimnástica.

No insistiremos en estas ideas, un tanto divorciadas del rutinarismo imperante en asuntos de educación física, porque ya en otra parte de este trabajo reforzamos nuestra opinión con

textos de gran valía y porque además no es ya necesaria la insistencia como lo era hace doce años cuando publicamos nuestro primer trabajo sobre el mismo asunto, porque de entonces acá han perdido mucho terreno los partidarios del absurdo pedagógico de transformar los niños en atletas y se ha desacreditado bastante el concepto público de que gozaba la fuerza muscular. Hasta los ingleses protestan ya de la exageración de los ejercicios físicos de las escuelas de su país, culpándoles, entre otras cosas, de pecados de brutalidad y grosería.

Hay, por lo tanto, que buscar la salud de la infancia por otros derroteros y fijándose en el hecho de que los niños juegan y corren cada día menos, con lo cual se pierde, á juicio de maestros eminentes, uno de los mejores y más eficaces medios de cultura pedagógica y de educación física, procuremos restablecer antiguos ejercicios como el de la pelota, los bolos y el marro, que sin adolecer del carácter rígido y abstracto de la gimnástica reglamentada, ni del amaneramiento ó de los peligros del llamado *sport*, interesan el ánimo del niño que encuentra en ellos utilidad y esparcimiento. Los paseos al aire libre, con ó sin fines de investigación científica, la jardinería, la carpintería y otras operaciones mecánicas semejantes pueden combinarse con los juegos y dar á la educación el carácter aristotélico que en mala hora ha perdido. Y como no conviene pasar de un extremo á otro y la indolencia no se combate con la fatiga, hay que procurar que los ejercicios se encierren dentro de límites prudentes, que al maestro incumbe señalar á la vez que vigila y utiliza las inclinaciones de los niños, que se manifiestan en los juegos libres mejor que en parte alguna. En las grandes poblaciones sería indispensable para estos fines pedagógicos que el Municipio ó el Estado concedieran espaciosos recintos, complementarios de la Escuela, donde, sin peligros, pudieran los niños ejercitar convenientemente sus fuerzas corporales durante dos horas cada día.

Ejercicios y
juegos libres.

Es necesario dotar á las nuevas generaciones de cuerpos robustos y de almas enérgicas para que llenen dignamente el importantísimo fin histórico que el porvenir les tiene reservado en esta época de radical transición y de profunda crisis. De poco sirve que nuestro siglo haya derramado profusamente por todas partes infinito raudal de ciencias, de artes, de in-

Terapéutica
moral.

ventos, de ideas, si este valioso tesoro, acumulado á expensas de una efusión espantosa de fuerza y de un despilfarro cerebral enorme, no ha de aprovechar á nuestros hijos, que carecen, en general, de aptitudes para administrar y de condiciones para disfrutar esta fortuna. Antes que sabios necesitamos hombres.

Herbert Spencer, autoridad que no puede dejar de citarse, sin incurrir en desacato grave, cuando se habla de asuntos de educación, ha dirigido acerbas censuras á su país (donde tanto abundan los niños robustos y bien desarrollados), por la poca atención que, á su juicio, se presta al mejoramiento físico de la infancia, en tanto que todo el mundo se preocupa de la cría perfeccionada de la raza caballar y del fomento de otras especies animales. «Tiempo es ya,—dice,—de que disfruten nuestros hijos de los beneficios que disfrutaban nuestros carneros y nuestros bueyes, gracias á los descubrimientos de la biología y de la química modernas».

Higiene com-
parada.

Hora es ya, efectivamente, de que gocen nuestros hijos de las ventajas de esos descubrimientos en lo que tienen de útil aplicación al engrandecimiento de la Higiene, pero al ilustre pensador inglés no pudo ocultarse, cuando formuló esta aspiración, que por muy loable que ella sea, nunca llegaremos en la *Antropo-cultura* á la perfección lograda en la *Zoótecnica* y que aun disponiendo de los mismos elementos científicos y siendo igual su objeto, ó sea el mejoramiento de la salud, siempre resultarán favorecidos los animales en el reparto de los beneficios higiénicos. Esta desigualdad es debida á que, aún siendo el *objeto* el mismo, é iguales también los fundamentos de la higiene veterinaria y de la humana, varían éstos considerablemente en el *sujeto*. En la Veterinaria, el sujeto, ó mejor dicho, los sujetos, son pasivos y se someten incondicionalmente, aislados ó en colectividad, á las reglas establecidas por la ciencia y aplicadas sin contemplaciones ni distingos por el dueño ó ganadero; como dice donosamente Letamendi, «el dueño, con su autocracia, resuelve de plano ó de filo las más vidriosas cuestiones de amor sexual, de lazo conyugal, de afecto materno, de individual albedrío ó de voluntad colectiva, con la misma frescura con que resuelve una cuestión de sarna ó de bacera; todo al dueño le es patria, como suele decirse, y así decreta incestos, adulterios ó infanticidios, como veniales

trasquiladuras. ¿Que andan mal alimentados los animales? Pues alimentarles mejor. ¿Andan mal bebidos? Que se les aumenten ó se les desinfecten las aguas. ¿Andan mal respirados? Que se les oree la vivienda. ¿Andan mal guarecidos? Que se les abrigue y proteja de la inclemencia. ¿Que el conjunto rebaña desmejora? Pues que trashume. ¿Que el mal es individual y contagioso? Que aislen al atacado, ó, para simplificar, que lo maten y lo quemen. ¿Que el mal es de herencia? Pues que se destruya el producto, se divorcie á los padres que le engendraron, y se provea á más adecuado cruzamiento. Y por lo demás, al que de *niño* ó de adulto no ande derecho, palo ó pedrada en él por toda catequística.» No puede explicarse de modo más sencillo y pintoresco la extensa arca de acción de la higiene veterinaria; todo en ella es expedito; todo es reductible á procedimientos materiales.

En la higiene humana, cuyo sujeto es el hombre racional y libre, marchan las cosas de distinto modo: hay que contar con un factor autónomo, la voluntad, que se somete ó no se somete á dichos procedimientos, y de nada sirve que la Biología, la Química, la Higiene y la Pedagogía establezcan reglas y dicten preceptos encaminados á la salud y á la general cultura, si la voluntad individual, haciendo mal uso de su autonomía, no quiere ponerlos en práctica ó los interpreta torcidamente.

Educación de la
voluntad.

Y he aquí á la voluntad, siempre la voluntad, jugando un papel preponderante y decisivo en las cuestiones de Higiene y, por ende, en las de Pedagogía que no pueden separarse de aquéllas.

El doctor Letamendi, nunca bastante llorado, que era un gran vidente, además de ser un eximio médico y un genial artista, no sólo dejó fundada la medicina del porvenir, restableciendo el fundamento hipocrático de la *unidad individual del hombre*, en el cual se apoya, sino que echó también los cimientos de una higiene genuinamente humana, integral, labrada sobre el mismo concepto unitario físico-moral del hombre, y cuyo fundamento estriba lo mismo en la privada que en la pública en la educación de la voluntad.

En esta misma educación se apoya también la Pedagogía, rama florida de la Higiene, y es lástima grande que el doctor Letamendi, que tantos libros buenos escribió, no haya deja-

Bibliografía.

do uno sobre la «Educación práctica de la voluntad» para uso de los alumnos de las escuelas primarias: con dar mayor amplitud en su incomparable *Aforística* á la parte correspondiente á la «Germinación educativa», hubiera llenado un gran vacío legando á los niños valiosísima herencia, sólo comparable á la que nos dejó nuestro inmortal Balmes con *El Criterio*, verdadera higiene de la inteligencia. Y no es que falten libros dedicados á este capital asunto: aparte de los trabajos de Kant, de Taine, de Bain, de Cousin, de Spencer, etc., Payot ha publicado uno sobre *La educación de la voluntad*, que en cinco años lleva cinco ediciones, y Ribot ha escrito otro, no menos notable, acerca de las «*Enfermedades de la voluntad*»; pero estos libros, los dos franceses, tienen un carácter psicológico profundo y están dedicados á los estudiantes universitarios y á los hombres de ciencia, y si de algo pueden servir al maestro no tienen aplicación ninguna para el niño. La educación de la voluntad debe empezar, á nuestro juicio, en la primera infancia, que es cuando pueden contraerse, sin esfuerzo, los hábitos sostenidos y perseverantes, indispensables para el dominio de sí mismo, y, por tanto, á la familia incumbe el comienzo de esta obra, que ha de continuar luego el maestro, llevando paralelamente el cultivo de la inteligencia y el de la voluntad, porque no hay nada más infructuoso que *pensar sin hacer*.

Pronóstico.

Y veamos ahora, para concluir, si los precedentes razonamientos facilitan el medio de dar contestación más categórica á la pregunta que formulamos al principio de este trabajo: ¿Se vé en las nuevas generaciones escolares—preguntábamos—el mejoramiento físico y la perfección moral que hay derecho á esperar del asombroso é indiscutible progreso de la Pedagogía y de la Higiene? O, en términos más generales: ¿Realiza la higiene humana los beneficios correspondientes á su actual florecimiento?

No. Ni los realizará nunca mientras nuestros sistemas pedagógicos no se modifiquen en el sentido de restringir el intelectualismo imperante, concediendo, en cambio, á la educación de la voluntad la importancia jerárquica que de derecho le corresponde.

CONCLUSIONES

I

La actual generación escolar, endeble y desmedrada de cuerpo, muéstrase en lo moral frívola y versátil, refractaria al entusiasmo y rendida á desalientos que amenguan su energía y la infunden aversión hacia todo lo que signifique esfuerzo y perseverancia.

II

Esta enfermedad psico-física es hereditaria en los hijos, puesto que los padres también la padecen, siendo esta la razón de que se preocupen de ella menos de lo debido, toda vez que experimentan la misma enervante predisposición á la molicie y al abandono; pero agravada actualmente por la progresiva decadencia de las generaciones sucesivas, reviste ya alarmanantes proporciones y merece, en verdad, un detenido estudio por parte de los hombres pensadores y, sobre todo, de los higienistas y los pedagogos.

III

Las causas de esta grave atonía social son variadísimas y complejas; todos convenimos en que existe y en que afecta de singular manera á la población escolar, pero cada cual la mira y explica á través del prisma de sus aficiones. Los médicos todo lo atribuyen á la *neurasténia*, propia ó heredada, extendidísima hoy entre todas las clases sociales y que se caracteriza cabalmente por la falta de virilidad moral y física, por el agotamiento de la energía, que acarrea á su vez la incapacidad para la lucha, y por la depresión y flojedad del sistema nervioso, que engendran en el ánimo pueriles apocamientos y horribles aprensiones; para la medicina, la atonía social es una nueva *fóbia neurasténica: la peirafóbia*.—Los moralistas culpan principalmente á la frivolidad de las costumbres, frivolidad que no consiente diversiones honestas, sino vicios sedentarios, como la frecuentación de los cafés, teatros y garitos, el

tabaco, el vino, los licores y otros excesos que desgastan por igual los resortes del cuerpo y del espíritu.—Los físicos creen que nuestra indolencia es hija del *meridionalismo*, puesto que los pueblos de raza latina, y España especialmente, son los que en mayor grado la padecen, y responsabilizan de ella al sol, á la latitud y al clima.—Los filósofos, tomando al pie de la letra aquella aserción del gran poeta «contemplar es trabajar, pensar es obrar», entienden que la falta de amor al ejercicio y á la acción, lejos de significar dolencia, indica un sentimiento más profundo de la gravedad de la vida y una señal patente de las ventajas que el espíritu va logrando sobre la materia.

IV

Sin negar que hay algún fundamento en las antedichas opiniones para considerarlas como causas predisponentes de la enfermedad que estudiamos, ninguna de ellas explica clara y satisfactoriamente el origen del mal: la verdadera causa está más honda y radica, á nuestro entender, *en los viciosos métodos de la educación pública; en una dirección pedagógica mal entendida y peor aplicada*, que nos produjo cuando niños y sigue produciendo á nuestros hijos el horror á la fatiga y la perezosa indolencia que todos padecemos en lo físico, en lo intelectual y en lo moral.

V

Adolece, en efecto, la educación pública en general y singularmente la de los Establecimientos oficiales, de añejos y arraigados defectos, cuya responsabilidad corresponde por igual al legislador, á la familia y al maestro, que, todos á una, coadyuvan á proporeionar á los niños una cultura intelectual precoz, excesiva y peligrosa, con notorio perjuicio de sus demás facultades y, especialmente, de su desarrollo físico al que se hace antagonista del desenvolvimiento de las actividades cerebrales, cuando uno y otro debieran ser armónicos, complementarios y paralelos. Si el legislador vigilase directamente la Instrucción Pública, revisando, modificando ó suprimiendo los programas, reglamentando la vida interior de la Escuela y estimulando el celo de los profesores con bien entendidas recompensas; si la familia secundase y completase la acción del maestro que, con ser insustituible y bienhechora, necesita, sin

embargo, el concurso educativo del hogar doméstico; y si el maestro, que debe serlo por verdadera vocación y no por oficio, se penetrase debidamente de la trascendencia de la misión augusta que la sociedad le tiene confiada, muy otra, en verdad, sería la situación de la enseñanza.

Siguen, desgraciadamente, imperando en la instrucción primaria y aun en las superiores, una explotación forzada de la memoria y un intelectualismo excesivo que, por la natural compensación en el desarrollo de las facultades, atrofian la voluntad creadora y matan en flor el instinto de movimiento y de actividad, propio de los primeros años de la vida, destruyendo, asimismo, con una erudición tan pedantesca como prematura la inocente espontaneidad de que tanto fruto pudiera sacarse y que constituye el encanto y principal atractivo de la niñez. Este *intelectualismo memorista* es la principal causa del agotamiento tan discutido de los escolares (*surmenage*), y sin quitar responsabilidad á las condiciones de la escuela, (malas, por regla general, en España y peores todavía en Madrid bajo el punto de vista higiénico), la tienen mayor aún en los defectos que deploramos, los viciosos métodos pedagógicos, la sujeción monótona, sedentaria y larga á que obligan la extensión y naturaleza de los programas y, como natural consecuencia, la falta de acción y la falta de oxígeno que todo esto produce. Lo que dijo Fonsagrives, hace bastantes años, sigue siendo de abrumadora oportunidad en la época presente, mal que pese al incesante é indiscutible progreso de la Pedagogía y de la Higiene escolar: «El niño trabaja *demasiado pronto*; trabaja *demasiado*; trabaja *mal* y trabaja en *malas condiciones higiénicas*».

VI

Como único é infalible remedio para atajar los estragos de esta enfermedad engendrada por los errores de la Pedagogía, se recomienda unánimemente la *gimnástica*, lo cual es otro error pedagógico.

Confundiendo lastimosamente la salud con el desarrollo muscular y olvidando que éste es una mera fuerza de actualidad, difícilísima de alcanzar y facilísima, en cambio, de perder rápidamente con la más insignificante calentura, se buscan sin resultado en la gimnástica reglamentada la regenera-

ción de la especie y la salud de los niños. La salud consiste, principalmente, en el buen funcionalismo del estómago, del corazón y de los pulmones y en la adaptación del cuerpo al medio ambiente para resistir los cambios de temperatura y de humedad de la atmósfera, y no hay que buscarla por otros caminos.

La gimnástica no resuelve, por tanto, el problema de la languidez infantil: lejos de resolverle, le agrava. Los niños no tienen afición á la gimnástica; les agradan, sí, los perjudiciales y violentos ejercicios de dislocación, del trapecio ó de las argollas; les atrae el *clownismo*, como lo llama Fonsagrives, pero las lecciones de una gimnástica reglada, así sean tan útiles como las de Schroeber ó las de Lagrange, son miradas por los educandos con visible repugnancia y, lejos de producir en ellos el apetecible resultado, aumentan su hastío y su cansancio. Allí donde falte espontaneidad á sus movimientos, el niño no ve otra cosa que una asignatura nueva, tan engorrosa como el álgebra, que le roba el tiempo para su solaz y diversión.

Y como estas ideas están en oposición con las doctrinas corrientes sobre educación física, bueno será que las reforcemos con los siguientes aforismos de una autoridad tan respetada y tan indiscutible entre españoles como la del doctor Letamendi:

«527. En general la gimnástica ordinaria ó académica adolece de tres vicios: insistencia en cada orden dado de contracciones; exigencia del máximum de éstas y falta de participación del ánimo por ausencia de fin útil ó grato.

528. La gimnástica suspensoria, ni para sanos ni para enfermos: quédese para atletas de circo, pues sólo forma hombres simios cargados de espalda y exagerados de brazos.

529. La gimnástica de salón ó sin aparatos no prosperará por aburrida; fáltanle la distracción material y la moral y la consiguiente colaboración terapéutica de entrambas.»

VII

Demostrado que la gimnástica reglamentada no es, ni con mucho, el *desideratum* de la educación física y que la posesión de músculos poderosos no garantiza una salud perfecta, hay que buscar ésta con otros ejercicios: la pelota, el marro, los bolos, juegos genuinamente españoles y preferibles siempre al *croquet*, *law-tennis* y á otros engorrosos entretenimientos del moderno *sport*; el paseo al aire libre y las operaciones de jar-

dinería y carpintería constituyen distracciones muy á propósito para la salud del cuerpo y el descanso del espíritu, como ya lo recomendaba Aristóteles; pero á condición, por supuesto, de que no se llegue en el ejercicio á la fatiga y de que se realice aquél en sitio á propósito, libre de peligros y con la debida vigilancia del maestro para evitar excesos perjudiciales y estudiar de paso las inclinaciones de los niños, que se manifiestan en los juegos mejor que en parte alguna.

Careciendo, como aquí carecen, los edificios escolares de local adecuado para tales ejercicios, debiera el Municipio ó el Estado subvenir á esta verdadera necesidad educativa construyendo en las grandes poblaciones espaciosos recintos consagrados exclusivamente al fin interesantísimo del desarrollo físico de los niños, como debiera fomentar también las *Colonias escolares de vacaciones* y la creación de *Hospicios marítimos*.

VIII

La verdadera pedagogía que, por lo que respecta á la educación física, es, en definitiva, una rama especial de la Higiene, ha de estar basada, como ésta, en leyes fisiológicas teniendo en cuenta el concepto unitario de la vida, tal cual le establece Letamendi al afirmar que *el hombre es un sólo ser, su cuerpo un sólo órgano y la vida una sola función*, y que en todo estudio médico hay que exigir el completo conocimiento del cuerpo y del espíritu humanos.

La Pedagogía debe atender sin preferencias á todas las funciones del cuerpo y á todas las potencias del espíritu, siendo á la vez educadora é instructora en todos los grados de la enseñanza y evitando funestos predominios que engendren, por ejemplo, atletas sin cerebro ó sabios anémicos, en vez de formar hombres completos, equilibrados, decididos, sociables, tolerantes, justos, benévolos y pulcros. Es menester, sobre todo, formar caracteres, de que tan necesitados andamos, y para formarlos hay que huir de funestas preponderancias que en lo afectivo producirían el histerismo por equivocada dirección de la sensibilidad; en lo intelectual los llamados *estériles prodigios*, ó, por otro nombre, *frutos secos*, víctimas de la explotación de la memoria; y en lo volitivo, seres desgraciados, irresolutos é incapaces para la lucha y para el bien por ineducación ó torcedura de la voluntad.

Hay que borrar, á fuerza de constancia, el triste fundamento que encierra el siguiente juicio del pensador antes citado: «Cuerpo de feto, cabeza de adulto y crianza de fiera: he aquí los tres desatributos de gran número, muy grande, de niños en nuestros tiempos: quise decir que no tienen nada de niño ni nada de bueno.»

IX

La redención de la infancia, como todas las redenciones, es una obra personalísima, de grandes sacrificios y que exige, ante todo, el concurso de la voluntad del interesado. Al maestro toca educar esta voluntad debidamente, en la época en que se contraen los hábitos suficientemente fuertes para sobrevivir á la Escuela, y para esta delicadísima labor, en la que estriban la salud, la sabiduría y la felicidad, no es necesario ser un psicólogo profundo, ni tener los conocimientos de Kant, de Fröbel, de Taine, de Ribot, de Bain, de Coussin, de Spencer, ni de Payot; basta con conocer sus doctrinas de un modo general, haber leído con provecho á Balmes, á Giner de los Ríos y á Letamendi; estar dotado de sentido común y tener verdadera vocación á la enseñanza.

Sin el concurso de la voluntad nada es posible, y aunque la Higiene escolar realice completamente los hermosos ideales propuestos en estos Congresos en punto á edificios, menaje, programas, etc., no adelantará un paso el mejoramiento de la infancia, si maestros y discípulos no educan debidamente su voluntad. Causa pena el pensar que, por la ineducación de esta potencia, la Higiene humana es menos fecunda y está más atrasada que la Higiene veterinaria; y es que en ésta no hay más voluntad que la del ganadero, desligada de pasiones y atenta sólo á su ganancia, que ve lograda cumpliendo al pie de la letra los preceptos científicos de la Zootecnia, en tanto que los mandatos de la Higiene humana, privada ó pública, quedan incumplidos casi siempre por claudicaciones y desmayos de los mismos que los dictamos.

La Higiene humana será un hecho cuando se preste al cultivo de la voluntad una pequeña parte del interés que, con verdadero despilfarro, dedicamos hoy á la educación de la inteligencia.

ELOY BEJARANO.

Madrid, Abril, 1898.



APÉNDICE PRIMERO

Sanatorios marítimos.

En la misma sección 6.^a del Congreso internacional de Higiene donde se leyó la precedente Memoria el día 14 de Abril, fué discutido el 16 un interesante trabajo del joven profesor clínico de la Facultad central de Medicina Dr. Godoy, acerca de la «Influencia de los sanatorios marítimos en la profilaxis de las dolencias infantiles.»

La lectura de esta comunicación me hizo recordar antiguos y estériles trabajos míos y de otros médicos en pro de la fundación en España de Hospicios marítimos semejantes á los que hace 38 años empezaron á funcionar en Italia por iniciativa del Dr. Barreley, y que han logrado en es'a y en otras naciones extraordinario florecimiento; y aguijoneado por tal recuerdo, me permití molestar la atención del Congreso relatando la sabida é interesante historia de dichos Hospicios, y pidiendo al autor del trabajo discutido y á la Sección de Higiene infantil y escolar, medios prácticos de realizar en España lo que con menos litoral y tal vez con menos recursos han llevado á feliz término otros países.

Con este motivo, tuve la fortuna de provocar un debate de altos vuelos, que reveló bien claramente las simpatías que despiertan en todas partes estas benéficas fundaciones.

El Dr. Tolosa Latour, cuya bondad de sentimientos corre pareja con su ilustración y cultura, respondió á mis alusiones, haciendo con su característica ingenuidad la historia del doloroso *via crucis* que ha necesitado recorrer hasta conseguir ver terminado el pabellón central, no mas que un pabellón, toda-

vía, de los cinco ó seis proyectados para el Sanatorio marítimo de Santa Clara de Chipiona (Cádiz), cuya primera piedra fué solemnemente colocada el 12 de Octubre de 1892.

Esta bienhechora institución, hermosísima como idea y como obra, debida á la perseverante iniciativa del Dr. Tolosa, secundada en sus comienzos por el venerable Padre Lerchundi, de eterna memoria, bastaría para acreditar al fundador de caritativo, humano y piadoso, si por otros muchos motivos no estuviese de esa manera reputado. ¡Lástima grande sería que por la penuria de los pobres ó por la indiferencia de los ricos, no llegase á completo término la magna obra de Tolosa Lator! No lo consentirá, seguramente, no debe al ménos consentirlo, la «Asociación Nacional para la fundación de Sanatorios y Hospicios marítimos en España» que bajo la presidencia de S. M. la Reina funciona en Madrid hace cinco años.

El Dr. Duarte, reputado oculista de Granada, intervino en el debate dando á conocer un Sanatorio marítimo, sostenido en las playas de Almuñécar por una sociedad granadina de amigos de la infancia, ejemplo digno de ser conocido é imitado y que da la clave del procedimiento más expedito y eficaz para la fundación de estas instituciones. Si todas las provincias imitaran el noble ejemplo de Granada, no era menester pensar en la intervención de corporaciones oficiales, intervención siempre tardía y sobre tardía estéril é incompleta.

Habló también el Dr. Simonena, Catedrático de la Universidad de Valladolid, haciendo un cumplidísimo elogio de los Hospicios marítimos y recomendando con mucha elocuencia y copiosos datos científicos los *Sanatorios de montaña* ó de altura para determinadas enfermedades y predisposiciones patológicas de los niños.

La Srta. La Rigada, distinguida profesora de la Escuela Normal Central de Maestras (que ha jugado brillante papel en el Congreso con su compañera la Srta. Tella y las Sras. Monreal de Barcelona y Carbonell de Valencia), ofreció su concurso para el humanitario fin que se busca; y en el mismo sentido hablaron el Sr. Mingo, director de los Jardines de la Infancia, el Sr. Sardá, director de la Normal de Maestros, el Sr. Escribano, profesor del mismo Centro, el Dr. Sáez Domingo y otros congresistas, acordándose el nombramiento de una comisión compuesta de la Srta. La Rigada, los Sres. Tolosa, Simonena,

Duarte, Godoy y Bejarano, para que propusiera á la sección las medidas más conducentes al pronto establecimiento en España de Sanatorios marítimos y de altura para niños débiles, anémicos y escrofulosos.

Ha sido una verdadera desgracia que coincidieran con la clausura del Congreso las primeras noticias de la guerra de España con los Estados Unidos, pues preocupados ahora los ánimos con las desdichas de la patria, y necesitando esta todo género de ayudas y de recursos, no es ocasión propicia para acudir á la caridad pública en busca de dinero y protección para fundar Hospicios marítimos; y pasado este oportuno momento de entusiasmo, es muy de temer que sigan las cosas como estaban hace doce años, cuando publiqué en *El Genio Médico Quirúrgico* (15 de Septiembre de 1886) el siguiente artículo que, desgraciadamente sigue siendo de actualidad:

«El doctor Barrelay y sus Hospicios marítimos.»

«Italia se dispone en los actuales momentos á perpetuar la memoria del Dr. Guiseppe Barrelay, erigiéndole un monumento en la bella Florencia. ¡Bien haya la Italia que así sabe honrar á sus preclaros hijos!

El Dr. Barrelay significa y representa para los italianos lo que era entre nosotros el malogrado Dr. D. Mariano Benavente, cuya estatua, tan modesta como la personalidad que le prestó sus rasgos, fué colocada pocos meses hace en el centro del Parque de Madrid. Médico el Dr. Barrelay del Hospital de Niños de Santa María la Nuova de Florencia, como lo era el Dr. Benavente del Hospital de Niños de Madrid, y consagrado como éste al difícil cultivo de la especialidad pediátrica, si no consiguieron en vida estos varones ilustres la notoriedad, el renombre y el lucro que adquieren, por ejemplo, los cirujanos que restañan la sangre de los generales heridos en el campo de batalla ó los tocólogos que asisten al alumbramiento de las reinas, conquistaron en cambio el corazón de infinitas madres, á cuyos hijos salvaron de prematura muerte; y á la delicada y muda gratitud de estas madres deben seguramente la erección de los monumentos que perpetúan su recuerdo, y que aunque sean justicias póstumas, como todas las de este bajo mundo, llenan, sin embargo, de agradecimiento el alma de los médicos, haciéndoles más llevadera la espinosa carga que les impone su noble ministerio.

El nombre del Dr. Barrelay va indisolublemente unido á la historia de la fundación de los *Hospicios marítimos*, benéficas instituciones que han alcanzado en Italia un extraordinario desarrollo y que deseáramos ver implantadas en España, aunque fuese en mucha menor escala.

¡Qué historia tan poética y tan sentimental la de los Hospicios marítimos! A pesar de ser un poco antigua, puesto que cuenta veintiséis años de fecha, no ha perdido durante ellos ni un átomo de su palpitante interés ni de su interesante atractivo. Héla, aquí, pues nunca será de sobra repetida.

Preocupado el filántropo Barrelay de los grandes estragos que el escrofulismo y la anemia causaban entre los interesantes enfermos de su Hospital de niños, y convencido del saludable influjo que la atmósfera y el agua marinas ejercerían sobre aquellas delicadas organizaciones á haber sido posible instalar á los enfermitos á orillas del Océano, concibió el original proyecto de hacer retratar en su lecho de muerte, por un pintor de fama, á dos preciosos niños que fallecieron víctimas de la escrófula cuando la vida empezaba á sonreírles; y este cuadro conmovedor, profusamente reproducido, sirvió de portada á un sentido folleto en el que el compasivo doctor contaba, con el dulce y expresivo lenguaje del Ariosto, la triste historia de aquellas malogradas criaturas, que seguramente no hubiesen muerto, á disponer el Hospital de medios para enviarlos á un puerto de mar. No fué preciso más: la delicadeza del corazón femenino adivinó lo que el médico callaba, y al poco tiempo una Sociedad de señoras establecía para los niños enfermizos el Hospicio marítimo de Viareggio, al que siguieron los de Pisa, Venecia, Palermo y otros veinte repartidos hoy por las costas italianas del Mediterráneo y del Adriático.

Francia no ha permanecido indiferente ante el ejemplo de la culta Italia, acreditándolo con sus resultados los notables Asilos de Berck-sur-mer, Cette, el Hâvre y otros (1).

Nuestra España, empero, no da señales de vida en este orden de ideas, y aunque aquí se habla mucho de protección á la infancia desvalida, y se conciben para favorecerla brillantes proyectos, la verdad es que éstos rara vez pasan de las columnas de los periódicos y que nada serio se hace en beneficio de la salud de los niños pobres y enfermizos. Y no será, ciertamente, porque la escrófula no haga estragos entre nosotros; pocos países habrá donde se cebe este mal con más inclemencia, ni donde más abunden, entre todas las clases sociales, los niños enclenques y anémicos. Sobre todo, nuestros hospicios, enclavados todos en las populosas capitales de las provincias, son verdaderos almacenes de escrófulas, donde raro es el niño que disfruta salud. ¡Cuanto mejor y más barato sería que estos establecimientos benéficos del interior fuesen trasladados á diversos puntos de nuestro extensísimo litoral!

Todo esto aparte de que los establecimientos por que abogamos no habían de servir solamente para los infelices recogidos por la caridad oficial, ni habían de proponerse tampoco como exclusivo objeto la formación de generaciones fuertes y musculosas; nada de eso: su fi-

(1) El Municipio de París proyecta establecer en Hendaya un Sanatorio marítimo este mismo año de 1898. Bien cercano se nos viene el ejemplo. ¿Le imitaremos?

nalidad y trascendencia son más altas, porque ni el oídium escrófuloso ataca exclusivamente á los hijos de la desgracia; ni la iniciativa oficial es la más fecunda para realizar estas fundaciones; ni el criar hombres fuertes y robustos es la suprema aspiración de la ciencia moderna. Italia ha demostrado elocuentemente que sus Hospicios marítimos son, á más de un excelente medio de contrarrestar el decaimiento y degeneración de la raza, uno de los más poderosos recursos pedagógicos para bien dirigir la educación y la cultura de las naciones. — DOCTOR, E. BEJARANO. »





APÉNDICE II

Servicio de vacunación de las escuelas municipales de Madrid.

Con motivo de la discusión de una Memoria del Dr. González Campo, médico de la Beneficencia municipal, sobre «Propagación de las enfermedades infecciosas en las escuelas», y de otra del Dr. Doncel, Médico del Registro Civil, acerca de las «Causas que contribuyen á la mortalidad de los niños», en cuyos dos notables trabajos se atribuye á la viruela la excepcional importancia que merece, tuve el honor de exponer ante la Sección 6.^a del Congreso de Higiene la manera de llevar á cabo el servicio de vacunación y revacunación de los alumnos y alumnas de las Escuelas municipales de Madrid.

Este servicio, debido á mis modestas iniciativas en el seno de la Junta municipal de primera enseñanza, tuvo por base la siguiente moción que elevé á dicha Junta con motivo de la epidemia variolosa de 1896 97.

Á la Junta municipal de primera enseñanza de Madrid.— La extraordinaria frecuencia con que esta Junta recibe comunicaciones del Inspector médico ó de los Profesores de las Escuelas municipales proponiendo que se cierren temporalmente éstas por causas relacionadas con la epidemia variolosa, reinante en Madrid, justifica la necesidad de adoptar medidas de carácter general que, dejando á salvo la responsabilidad ineludible de la Junta, eviten, al mismo tiempo, los deplorables efectos y la desorganización consiguiente á tales interrupciones de la enseñanza.

La clausura de las Escuelas públicas al principio de las epidemias ó cuando éstas se hallan localizadas en un barrio ó distrito, es de resultados admirables para atajar la marcha y desenvolvimiento de las en-

fermedades contagiosas, máxime cuando al mismo tiempo se extremen las prácticas de profilaxis, de aislamiento y de desinfección que aconseja la ciencia en estos casos; pero cuando las epidemias están ya constituidas y se diseminan y esparcen tanto como lo está actualmente la de viruela que aflige á Madrid, y de la que no se ve libre ningún distrito ni ninguna calle del casco de la población ni de los suburbios, á nada práctico conduce el cierre de las escuelas, que, si hubiera de adoptarse como medida higiénica, no había de hacerse por plazos tan breves como los que aquí acordamos y que resultan completamente ineficaces tratándose de gérmenes persistentes como los de la viruela, sino por períodos largos que no debieran bajar en ningún caso de dos meses. Esto, aparte, de que siendo la viruela una enfermedad eminentemente igualitaria, que no respeta estado social, edad, sexo, clima ni condiciones determinadas, y que ataca por igual á ricos y á pobres, no existe razón para cerrar las Escuelas públicas municipales en tanto que permanezcan abiertos los Colegios particulares, las Universidades, Institutos y demás centros docentes de Madrid.

No hay que buscar por estos caminos la extinción de la viruela habiendo otros más eficaces y expeditos. El único medio preservativo, práctico, racional, científico y probado contra esta plaga es la vacunación, repetida en cada individuo tantas veces cuantas sean necesarias, con arreglo á lo que la experiencia enseña acerca del poder preservativo de la vacuna.

En las epidemias de viruela todo es secundario al lado de la vacunación; si ésta se lleva á efecto con el rigor necesario constituye por sí sola la más eficaz defensa contra el contagio. La inmunidad que actualmente disfrutan en Madrid los asilos, colegios, cuarteles y colectividades dependientes del Estado, de la Provincia ó del Municipio, y en los que rige de modo obligatorio la vacunación y revacunación practicados con todo esmero, es un hecho elocuente que, á la vez que sirve de poderoso argumento de convicción para los indiferentes y descreídos, debe servir de eficaz estímulo á las autoridades para generalizar tan fecunda práctica cuanto la ley consienta, sin vulnerar derechos individuales atendibles, pero sin olvidar tampoco la incontestable fuerza del derecho al bienestar común.

Aunque en España la vacunación y revacunación no son obligatorias más que para los asilados por la Beneficencia pública, para los reclusos en establecimientos penitenciarios y para los individuos del Ejército y de la Armada, el art. 99 de la Ley de Sanidad vigente y los arts. 2.º y 10 del R. D. de 18 de Agosto de 1891, debidamente interpretados, autorizan para estender, sin trasgresión legal alguna, el carácter preceptivo y obligatorio de la vacunación á los alumnos de ambos sexos que reciben enseñanza gratuita en las escuelas municipales. Así lo ha reconocido recientemente el Real Consejo de Sanidad al proponer al Gobierno, entre otras muchas medidas, la revacunación inmediata y obligatoria, no sólo de *los alumnos de las escuelas municipales*, á los que coloca en primer término, sino también á *los de la Universidad, Institutos de segunda enseñanza, Colegios oficial-*

mente incorporados, Escuelas de Artes y Oficios, de Comercio, Normales y Escuelas especiales.

Inspirándose en estas consideraciones, el vocal que suscribe, tiene el honor de someter á la aprobación de la Junta Municipal de primera enseñanza las siguientes medidas que ha consultado previamente con el Inspector médico de las Escuelas, obteniendo la aprobación de éste:

1.^a Todos los alumnos y alumnas de las Escuelas municipales de Madrid mayores de seis años serán inmediatamente vacunados ó revacunados, según proceda, á menos de haberlo sido en todo el año 1896, justificándolo debidamente.

2.^a Este servicio, completamente gratuito para los alumnos, se verificará en las Casas de Socorro de los respectivos distritos por los Médicos de la Beneficencia municipal, haciendo las vacunaciones directamente de la ternera. Al acto concurrirán los Profesores y Auxiliares de cada Escuela y el Inspector médico de las mismas.

3.^a Para que este trabajo se lleve á efecto con el orden debido, los Directores facultativos de las Casas de Socorro, previamente advertidos por la Alcaldía Presidencia y de acuerdo con el Inspector médico, señalarán los correspondientes turnos de Escuelas, días, horas, etcétera en que la vacunación haya de verificarse, debiendo avisar la Secretaría de la Junta á los respectivos maestros con 24 horas de anticipación para que éstos prevengan á los alumnos.

4.^a A fin de que pueda formarse la necesaria estadística, cada maestro hará, por duplicado, una lista de los alumnos que se revacunan y fecha en que la operación se ejecuta, cuyas listas serán visadas por el Inspector médico, que guardará un ejemplar, quedando otro en la respectiva Escuela.

5.^a La Junta recomendará nuevamente á los Profesores que no admitan en las Escuelas ningún alumno que presente huellas frescas de viruela sin que previamente sea reconocido y dado de alta por el Inspector médico, excitando á la vez el celo de este funcionario para que extreme su vigilancia, tanto por lo que respecta á este particular cuanto en lo que se refiere á la higiene y saneamiento de las Escuelas, cuyas salas de clase y retretes deben ser frecuentemente desinfectados por el Laboratorio químico municipal mientras duran las actuales circunstancias sanitarias. Madrid 21 de Diciembre de 1896.
—ELOY BEJARANO.

Aprobada esta moción por la Junta municipal, pasó al Ayuntamiento, que la aceptó también, sin otra variante que la de confiar el servicio al Instituto del Sr. Balaguer, encargado por el Municipio, hace años, de los trabajos de vacunación en las Casas de Socorro. Dificultades económicas, siempre lo económico, impidieron plantear el servicio con la premura requerida por las circunstancias sanitarias, pero se consignó al menos para el inmediato ejercicio la cantidad necesaria en los

presupuestos municipales, y al cabo de un año quedaron orilladas aquellas dificultades y la Junta pidió nuevamente mi dictamen que evacué en la forma siguiente:

EXCMO. SR.: En contestación al atento oficio de V. E., fecha 1.º del corriente, en el que se me pide opinión acerca de otro del Dr. Balaguer, referente á la vacunación de los alumnos de las escuelas municipales de esta corte, tengo el honor de manifestar á V. E., de acuerdo en un todo con lo que propuse á esa Junta en mi moción de 27 de Diciembre de 1896, que procede, á mi juicio, dar inmediato comienzo á la práctica de dicha operación toda vez que parecen orilladas las dificultades materiales y económicas que impidieron entonces la realización del proyecto que sometí al superior criterio de mis compañeros, y que éstos tuvieron á bien aprobar unánimemente.

No ha de ser obstáculo para ello la feliz circunstancia de que no haya actualmente en Madrid una epidemia variolosa cual la de 1896 que motivó mi trabajo. Cabalmente, los pueblos previsores aprovechan las épocas de tregua para prevenirse contra nuevas invasiones de enfermedades infecciosas, y Madrid no debe olvidar que de seis en seis años próximamente—y antes con más frecuencia—sufre los estragos sensibles y además vergonzosos de la viruela epidémica, que arrebató la vida á algunos millares de individuos, que no perecerían seguramente si la vacunación y revacunación se practicasen en debida forma.

La periodicidad casi fija de las tres últimas epidemias de 1885, 1890 y 1896, revela claramente que Madrid no se preocupa de la revacunación más que en las épocas de epidemia, descuidando lastimosamente estas prácticas una vez pasado el peligro; y al efecto de combatir esta perniciosa indiferencia y de crear otras costumbres en los niños, que han de ser los hombres del porvenir, debe la Junta Municipal de primera enseñanza establecer desde luego el servicio de vacunación y revacunación anual de los alumnos de las escuelas públicas, comprendidos en las condiciones preceptuadas, aprovechando así las felices disposiciones del Excmo. Ayuntamiento, que, con plausible celo, ha consignado en sus presupuestos la cantidad necesaria para este interesante objeto.

Respecto á los detalles de ejecución, entiendo que deben dejarse al Inspector médico de las Escuelas municipales, quien de acuerdo con el Dr. Balaguer encargado de este servicio por el Ayuntamiento y teniendo en cuenta los antecedentes é instrucciones, que sobre este asunto obran en la Secretaría de la Junta, resolverá, con acierto lo más oportuno.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 10 de Marzo de 1898.—Eloy Bejarano.—Excmo. Sr. Presidente de la Junta Municipal de primera enseñanza.

Resuelto este asunto en el sentido propuesto, ultimáronse los detalles de organización y el día 21 de Marzo se inauguró

el servicio de la vacunación escolar municipal, cuyo éxito supera en mucho á nuestras esperanzas, pues en la fecha que escribimos, ó sea al mes y medio de organizarse, van revacunados 1.835 alumnas y 2.565 alumnos, dándose varios casos de haberse presentado á la revacunación el 94 por 100 de los niños de muchas escuelas.

De este consolador éxito se deduce que, sin estar *de derecho* establecido en nuestras leyes el carácter obligatorio de la vacunación, ni tener, por tanto, sanción penal las contravenciones, resulta conseguido *de hecho* en las Escuelas de Madrid y en tiempo de tregua epidémica, lo cual es aún más significativo, el objeto que se proponen los partidarios de la vacunación obligatoria, con la ventaja manifiesta de que ha sido el *convencimiento*, y no la *pena*, el móvil que ha impulsado en este sentido á los Profesores, á los padres y á los alumnos. Sobre este hecho importantísimo, que supone un indudable progreso en las costumbres y un señalado triunfo para la Higiene, llamé reiteradamente la atención del Congreso, que le estimó en todo su valor.

A tan feliz resultado han contribuido poderosamente el celo y actividad desplegados por el digno Secretario de la Junta, Sr. Parreño, las persuasivas gestiones del Inspector médico de las Escuelas, Dr. Campillo, la excelente disposición del ánimo de los Maestros y Maestras y la inteligente laboriosidad del Dr. Balaguer y del personal técnico de su Instituto, que han tomado la empresa con el calor y la simpatía que ella merece.

Gracias á estos importantes factores puede vanagloriarse el Municipio de Madrid de tener un servicio de vacunación escolar que desearían para sí muchas capitales extranjeras, como desearían también la organización de nuestras Casas de Socorro—donde las vacunaciones se realizan—que, con sus defectos y todo, han sido la admiración de los sabios de otros países que acaban de honrarnos con su visita con motivo del Congreso internacional de Higiene.

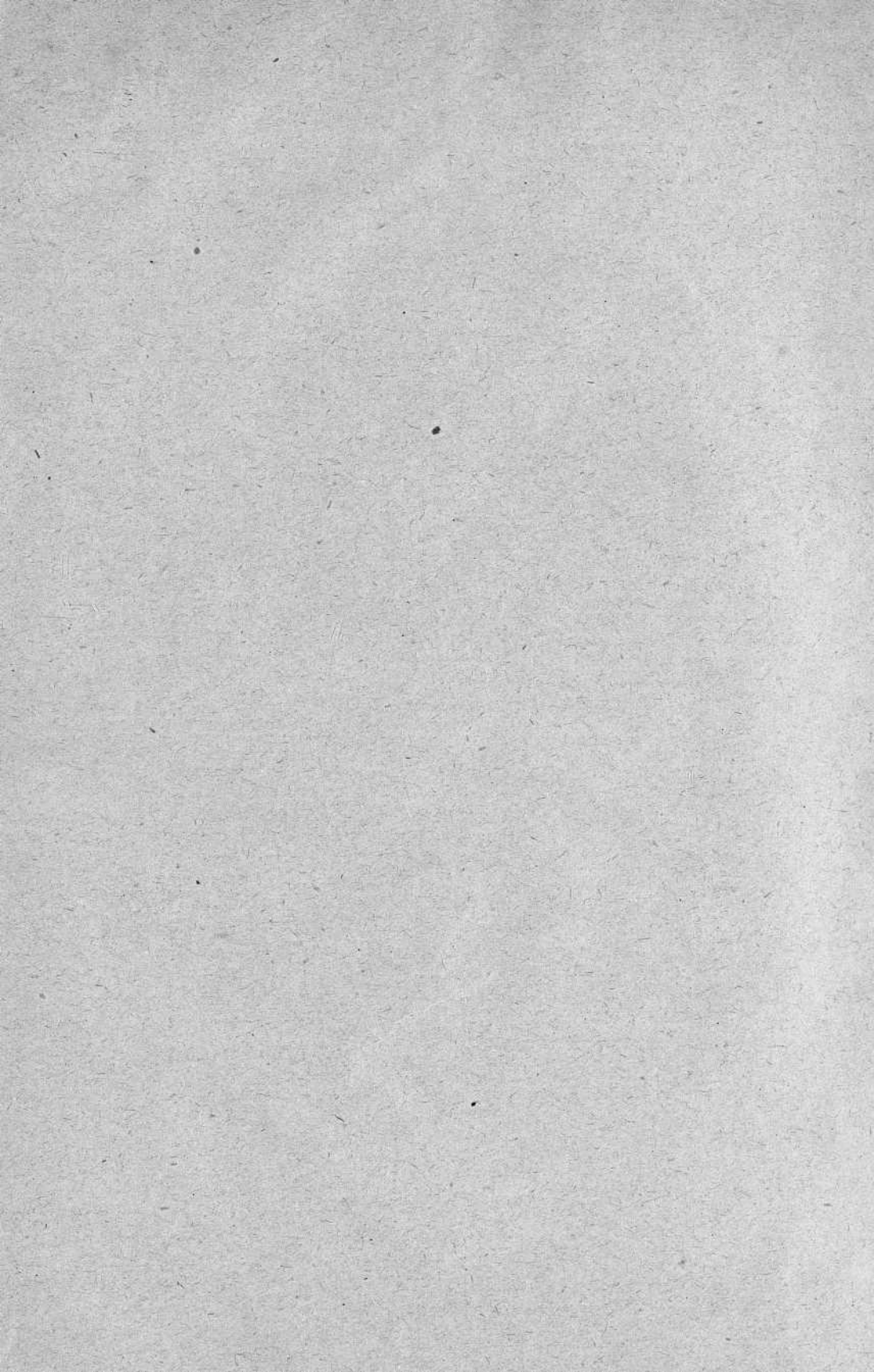


ÍNDICE

	Págs.
Carta abierta: A D. Francisco Giner de los Ríos.....	3
LA EDUCACIÓN INTEGRAL.....	9
PATOLOGÍA SOCIAL.— La peirafobia	9
<i>Causas predisponentes.</i> — Neurastenia. — Vicios y malas costumbres. — Meridionalismo. — Espiritualización.....	10
<i>Causa ocasional.</i> — Pedagogía defectuosa.....	10
<i>Los enfermos.</i> — Síntomas somáticos y anímicos.....	11
<i>Complicaciones:</i> Descuidos de la familia. — Apatía de los maestros. — Indiferencia del Estado.....	12
<i>Tratamiento.</i> — Ineficacia de la gimnástica. — Utilidad de los ejercicios y juegos libres.....	14
Terapéutica moral.....	15
Higiene comparada.....	16
Educación de la voluntad.....	17
Bibliografía.....	17
<i>Pronóstico</i>	18
CONCLUSIONES.....	19
APÉNDICE PRIMERO <i>Sanatorios ú Hospicios marítimos</i>	25
APÉNDICE II <i>Servicio de vacunación de las Escuelas municipales de Madrid</i>	30

INDEX

Faint, illegible text, likely an index or list of contents, with some words like "INDEX" visible at the top.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número..	1707	Precio de la obra.....
Estante...	58	Precio de adquisición
Tabla.....	5	Valoración actual
Número de tomos..			

11

1704